

Tatuajes en la espalda con forma de letras

No, no, no se llega a editor por error. Sea como fuere, la literatura es la trampa en la que una cae. O, para ser exacto, la lectura. La lectura como droga que difumina agradablemente los perfiles implacables de la vida que nos domina. Tal vez empezó en algún momento en la universidad. Con las amistades universitarias, las grandes, profundas y absurdas conversaciones que se extendían hasta altas horas de la noche. Un amigo publica de repente un poema. Antes, te lo ha dado a leer por algún azar, y sueltas una frase profunda sobre un par de rimas. Luego se acostumbran a perderte regularmente tu opinión. Pasas por los pasillos con aire presumido, apretando manuscritos de otros bajo el brazo. Desarrollas cierta quisquillosidad, cierta higiene lingüística, que los otros toman por un gusto infalible. Se rumorea que “sabes de literatura” y tú mismo acabas creyéndotelo. Te conviertes en redactor de la revista universitaria. Aprendes a moverte por el mundo de la censura sin perder el equilibrio, y tú, desdichado, lo tomas entonces por un juego divertido. A veces te dan palmadas en el hombro por tu “valentía”. Más tarde asumes el ligero cinismo reinante en las editoriales, y te complaces en ello. Por aquellas fechas aún existía el olor a imprenta y se daba algún escritor anciano que entregaba escritas a mano sus obras que luego se publicaban por clemencia estatal.

Pasaje de *Liquidación*, texto de Imre Kertész.

La antigua Union Station, actualmente convertida en el Museo del Patrimonio del Oeste, es una construcción colosalista de terracota vidriada de color crema que se alza en una colina situada frente al río Misuri. Posee un vestíbulo en cuyas suntuosas superficies marmoladas resuena el eco y tiene suelos de terrazo sobre los que se eleva un techo alto de yeso labrado ribeteado con finas láminas de color oro y plata del que cuelgan unas magníficas arañas. Los horarios están expuestos como si aún nos encontráramos en los años treinta y los semidirectos *El rey del maíz*, *La rosa de Portland* o *El niño de Iowa* estuvieran a punto de partir hacia diferentes puntos del Oeste. El Centro de Operaciones Harriman se encuentra en un edificio contiguo, una diminuta nave de dos plantas hecha de ladrillo que pasa fácilmente inadvertido y cuyo interior está repleto de ordenadores que controlan una red ferroviaria tan compleja como la de la década de 1930-1940. La estación Amtrak de Omaha era del tamaño de una oficina de correos rural.

Pasaje de *Viaje al futuro del imperio*, texto de Robert Kaplan.

Consideraciones en torno a “Tirar millones” de Gabriel Zaid

PRIMERA

[...]

1. El secretario de Educación Pública José Vasconcelos, inspirado en Julio Torri (que creía en la importancia de leer a los clásicos) y en el comisario soviético para la educación Anatoly Lunacharsky (que creía en los tirajes masivos), publicó una colección de clásicos encuadernados en tela, con tapa dura cubierta de percalina verde. Los legendarios “clásicos verdes” se vendían a peso, aunque su producción costaba 94 centavos (Rafael Vargas, “El relámpago verde de los loros”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, febrero 2012). Se producían de 20,000 a 25,000 ejemplares (carta de Julio Torri, editor de la colección, a Rafael Cabrera, 21 de diciembre de 1921, en los *Epistolarios* editados por Serge I. Zaitzeff). El proyecto quedó abandonado por razones políticas (Vasconcelos renunció para buscar la presidencia), después de publicar 13 títulos en 17 tomos: unos 400,000 ejemplares, de 1921 a 1924. Quince años después no se habían agotado, según el testimonio de José Luis Martínez, que los compraba en una librería de Guadalajara (*Bibliofilia*, Tacámbaro: Taller Martín Pescador, 2004).

[...]

Últimamente he tenido el tino de observar de cerca ciertos detalles que componen mi vida y actitudes, y he descubierto detalles que van de lo sensacional a lo absurdo; uno de ellos, del que yo pensaría más bien que es del tipo que dices “Ya se veía venir”, es justamente esa tendencia a hacerme fan de lo atascado, es decir, de tener un cierto fetiche respecto de todas aquellas cosas que pueden alcanzar dimensiones rompedoras de toda idea de proporción o que, por lo menos, se salen de las medidas comunes. De tal suerte que la idea de comprarme la presentación más grande del producto que exista en la tienda nomás pa’ chingármelo yo solito no nada más no es una cogitación novedosa sino que ésta se erige en una práctica constante llevada a cabo por este simple mortal a la menor oportunidad.

Esta revelación explica muchas cosas para quienes llevan años teniendo trato conmigo pero nada más no llegan a saber el porqué de muchas de las rarezas que conforman mi descompuesto universo.

Al tenor de lo declarado anteriormente, y en estricta congruencia con la esfera de acción que esta liberalidad manifestada abarca, debo confesar que, en principio, sí soy de la idea de que se editen cantidades verdaderamente obesas de libros.

No obstante lo anterior, existen precisiones varias que hay acotan esta generalidad, en la inteligencia de que no es tan simple como decir que lo uno o lo otro porque medias tintas no hay: muy felizmente entre el blanco y el negro se entreteje toda una gama de grises de proporciones igualmente bíblicas, así que lo menos que podemos hacer es aprender a jugar con ella para que siempre obtengamos la tonalidad perfecta. O eso es lo que se me ocurre soltar a botepronto sobre el punto materia de dilucidación.

Al libro debemos hacerle un poquito al márketing y tener la sensibilidad suficiente para conectar con el *target* que conforma nuestro mercado. ¿Cómo drogas pretendemos sambutirle de golpe y porrazo a la perrada, las obras de Aristóteles, Cicerón y demás muchachada de la banda grecorromana con que Occidente comenzó a cimentar los pilares de su historia y filosofía si esta misma chusma puede llegar a creer de veras el pitorreo de que Edgar Allan Poe es una joven promesa de las letras anglosajonas en este siglo que comienza y el nombre de Emily Brontë seguro que no les suena pero ni porque se los susurren en las orejas?; eso por un lado. ¿De qué nos serviría montar, por otra parte, un stand retacado de títulos y autores en ediciones acabadas de salir de la imprenta si más nadie que quienes de habitual consumen el producto estarían en aptitud de adquirirlo, por la cuestión misma de los hábitos y no tanto por lo caro o barato que puedan salir los bienes en cita puestos a circular en el mercado? Dos sencillas interrogantes que nos debemos hacer cada que estamos frente a un proyecto en materia de lectura que esté por despegar, precisamente para no errar el tiro y que la intención se revista de impulcra mácula porque los libros igualmente acumulan en sus tapas polvo, años y soledad. Eso es tanto como pedir que la masa entienda bien y a la primera la trascendencia de las comedias alarconianas cuando que ni buena está para irse a parar a mirar uno de esos horribles sociodramas que luego los maestros mandan como tarea a sus alumnos para un punto extra en la materia de Español o Civismo. ¡Jelóu!

Se me ocurre que para contrarrestar este tipo de embates, fuésemos acercando a la gente con lecturas en atril y demás ejercicios de por el estilo y poco a poco como que igual y estos mismos bueyes de tiro van desapendejándose y se crean ellos mismos una necesidad ingente de la lectura; sí, porque antes del amor por las letras y todos esos romanticismos con los cuales a veces concuerdo pero otras tantas nada más no, siento que debe privar un antecedente lógico, el cual no es otro que el de sentirse desamparado cuando no se tiene algo -decente- para leer.

¿Qué nos impide hacer una selección de cuentos breves e ilustrarlos de una manera sencilla pero estética para presentarla como suplemento quincenal y ponerlo a la venta afuera de las escuelas a un precio que no rebase los doce o trece pesos por unidad, en fascículos coleccionables y toda la cosa? Con la anotación expresa de que el asunto no nada más es para que los chilpayates se instruyan sino para que también los papás se sientan en la responsabilidad -o ya de perdis con el deber moral- de leerlos, dado que materialmente también se les está educando a ellos en esta cosa bonita de juntar la a y la be para probar y conocer cómo suenan tanto en las orejas como en la cabeza. No faltarán editoriales interesadas en el proyecto, y hasta me atrevería a pensar que este proyecto podría tener éxito más rápido de lo que originalmente se planeó si es que sabemos ubicar las zonas geográficas donde son más urgentes este tipo de acciones tendientes a abatir el rezago cultural de los habitantes de la Gran Tenochtitlán.

Lo que nos lleva a pensar dos cuestiones temidísimas por los amos y señores del *mainstream* en la industria editorial: saber producir en pequeño y apostarle a una licencia de contenidos que no necesariamente deba ser el ya obsoleto copyright.

Cierto que si tienes un contrato de edición cuyo importe monetario asciende a un millón de millones, lo más lógico es que le prestes toda la atención del mundo y que no se te vaya pero ni el más leve detalle, so capital pena de que toda tu

inversión se vaya al traste por un errorcito de nada; sin embargo, no todo en esta vida viene en cantidades exageradas, por lo que no estaría de más saber mirar con otros ojos -de menos desprecio, por principio de cuentas- a los contratos que no ofrecen pero ni la milésima parte de la cifra inicialmente aludida, dado que valen tanto como los que más y hasta generan muchos más provechos para las pymes que son, a fin de cuentas, quienes se encargan de sostener la pesada carga que imponen las grandes corporaciones, sin menoscabo de mencionar que en ellas se encuentra un importantísimo bastión de recursos pecuniarios y laborales dentro de la economía nacional.

Igualmente ya chole con “Todos los derechos reservados”; digo, viviendo en una era en donde con las tecnologías de la información todo es perfecta y absolutamente pirateable, ¿qué tanto es tantito y se flexibilizan los derechos de explotación de las creaciones en pro de un marco regulatorio de los mismos mucho más vigente y, por lo mismo, más útil para todos? No estoy diciendo que esto sea una solución sencillamente inmejorable para hacer frente a la ola de contenidos apócrifos en libros y discos exista sobre la faz de la Tierra pero sí es la que se perfila como la más adecuada respecto del panorama que hoy por hoy estamos viviendo en el terreno que concierne al Derecho de Autor, mundo en donde, al final del día, los derechos extrapatrimoniales, es decir, los que no interesan esencialmente al terreno de lo económico, se siguen respetando tanto como en el sistema *old school* pero ahora con mucho más facilidades para la distribución independiente y curiosidades anexas de por el estilo.

Metafóricamente hablando, podríamos empezar hoy en la tarde con “El príncipe feliz”, y la noche de mañana estaríamos en perfectas aptitudes de conocer *Cien años de soledad* para que al cabo de un par de semanas ya tengamos las suficientes tablas para *Ulises* y ya luego, a fin de mes, estemos mirando de frente a los mismísimos *Diálogos*.

Esa sería la apuesta de un servidor, y en principio, ésta no constituye un hecho de imposible realización. Lo que falta es, como ya se advierte, un poquito de varo..., y un chingo de voluntad política.

SEGUNDA

[...]

2. El secretario de Educación Pública Jaime Torres Bodet tuvo la mala idea de estandarizar los libros de texto de primaria en todo el país. En México, hay una gran diversidad de tradiciones locales, estamentales, étnicas, religiosas, lingüísticas. Tanta riqueza cultural quedó ignorada por la imposición del texto único.

Pero estandarizar y centralizar los libros de texto creó la oportunidad industrial de imprimir millones, y ha sido un buen negocio para los contratistas, desde que se creó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos en 1959, presidida por Martín Luis Guzmán, compañero de Vasconcelos y de Torri en el Ateneo de la Juventud.

[...]

Buena idea: apostarle a la educación, libros para todos mediante. Mala idea: que los libros otorgados discuerden del contexto en el que cada uno de sus destinatarios vive y que terminen armonizando en poco o nada con la realidad a la cual van a parar.

Había un monito cagadísimo en *Animaniacs* que salía en un segmento del show que se llamaba “Buena idea, mala idea”. Con la buena idea, había una situación que decía uno “Perfectamente normal; sin pedos”; con la mala idea, variando ligeramente la situación para el efecto de que se generara un cuadro más o menos dramático, el hombrecito ése iba y se partía toditita su pelona madre.

Considero que no es del todo mala la idea de tener libros de texto así como los da la CONALITEG, puesto que bien se pueden manejar como una directriz para la enseñanza en las escuelas públicas; no obstante lo anterior, reconozco que se presenta una disyuntiva especialmente delicada cuando los usos y costumbres de una comunidad divergen sensiblemente de lo plasmado en el mentado libro: el ingenio entonces ordena apelar al sentido más práctico de la enseñanza y obrar en el sentido que mejor haya de favorecer a los educandos, de tal suerte que hay que saber distinguir cuándo aplicar lo que dice el libro y cuándo es más conveniente optar por una vía alternativa.

Un servidor no es perito en materia de pedagogía y autoridades educativas, por lo que esta observación la estoy haciendo más bien a partir de lo que se me va ocurriendo, por lo que quienes mejor le saben al negocio están en toda la libertad del mundo de refutarme el argumento de mérito, habida cuenta de que la realidad en las que se desenvuelve cada maestro que hace frente a una vicisitud como esta difiere abrumadoramente la una de la otra; digamos que, en teoría, debe preservarse el derecho que los escuincles tienen de conservar su lengua y sus costumbres por encima de los cánones impuestos por los organismos públicos encargadas de elaborar las directrices del panorama educativo nacional.

De hecho, creo que el problema tendría una solución bastante padre si no nada más hubiera talleres gráficos donde se imprimen los libritos esos en esta ciudad capital y se abrieran sucursales de los mismos en los estados de la República para que, número uno, se descentralice todo este asunto de la distribución de los textos y, número dos, los antedichos se apeguen más al contexto al cual van a parar una vez en manos de los mocosos... Sí, esto es más bien una carta de buenos deseos, dado que lo anterior conllevaría la reunión de las voces que integran la diversidad cultural de cada Entidad Federativa y andamos en drogas si creemos que el asunto va a cuajar a la primera en lugares tan complejos como Oaxaca, paradisiaco sitio con quinientos setenta municipios: dónde que aquí en México no somos lo que se dice organizados y mucho menos sabemos qué carambas es trabajar en equipo, así que ya podemos irnos dando una idea, ¿cierto?. Ojalá se pueda lograr esto algún día, dado que no es sino en beneficio, no nada más de los alumnos, sino de los maestros y, en general, de toda la comunidad escolar.

Hecho lo cual redundo en la idea anteriormente enunciada: hay que saber imprimir en pequeño.

TERCERA

[...]

La demanda no es un concepto limitado al comercio. Los libros que se prestan en una biblioteca tienen mayor o menor demanda. Los que se regalan también. Imponer la oferta y negarse a escuchar la demanda es absurdo. No es lo mismo regalar a fuerza que regalar sobre pedido. La cifra total de interesados en recibir un libro gratis constituye la demanda máxima de ese libro. Nada justifica imprimir 400,000 o 450,000 ejemplares en todos los casos, en vez de respetar la demanda en cada caso.

El proyecto pretendía “retomar la gran tradición” de José

Vasconcelos, multiplicando el error de 1921 con tirajes veinte veces mayores. Además, resultaba anacrónico, porque en 1921 se editaba poco. Todavía en 1937-1939 (que es el período más antiguo del cual la UNESCO ha recogido estadísticas: *Book production, 1937-1954*), la producción mexicana era en promedio de 600 títulos anuales. Seguramente fue menor en 1921. Pero en los tiempos de López Portillo ya existían buenas colecciones populares. Habría sido mejor repartir vales canjeables en las librerías por libros de Nuestros Clásicos de la UNAM, Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, Sepan Cuantos de Porrúa, etcétera.

[...]

Antes de de llegar con una lista súper impresionante de textos a imprimir, debemos de partir del supuesto de que a todos les gusta leer; igual y no los mismos géneros o autores, pero que, vamos, en general, el libro no está visto como un asunto privativo de los santos o de los niños, resultando en consecuencia que este objeto no parece con las cargas impuestas por un estigma social. Ya lo luego viene el proceso de selección de lo que puede pegar entre la raza con miras a venderse en cantidades espectaculares y así. Sociedad de lectores, que le llaman.

De primero de primaria, ¿no?

CUARTA

[...]

8. En el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) reapareció la mala idea de regalar libros sin permitir escogerlos, pero en escala cinco veces mayor. El 7 de julio de 2011, en el Boletín 11/AFSEDF de la SEP y en un boletín paralelo de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos se anuncia el “Programa Termina un Ciclo, Inicia un Hábito” con “un gran regalo para los jóvenes de México”: 2 millones 272 mil ejemplares de una novela para los niños que terminan la primaria y 2 millones de otra para los que terminan la secundaria.

[...]

Lo más divertido de ser nene en una sociedad en donde la mayoría de las cosas que componen la cotidianidad social están dictadas por un dogma –entendiendo a la diversión en un sentido de humor negro– es que los mayores, es decir, toda suerte de personas que sí tienen voz y voto en la casa y que regularmente son quienes toman las decisiones de lo que se hace y de lo que no sí pueden llegar a creer que eres un completo imbécil –o por lo menos que, como menor de edad, no piensas lo suficiente como para tomar las riendas de tu vida, aunque sea en aspectos muy pinches básicos.

En mi pueblo eso se le llama discriminación por el acto mismo de menoscabar al menor en su esfera de acción lacerando severamente sus derechos.

Recordemos que un niño es eso, un niño, y no un objeto.

O al menos eso es lo que se debe entender después de haber leído los párrafos octavo y noveno del Artículo Cuarto de la Constitución; las ironías y demás desconciertos que suceden en la vida real coinciden por mero capricho de ésta última.

Lo peor que le podemos hacer a un chilpayate, so pretexto de que somos los adultos y de que, en función de la investidura de referencia, sabemos perfectamente qué es lo que más le conviene en esta vida para que se ande por la

misma sin romperse la crisma en el intento, es precisamente pintarle un mundo distorsionado a través de un tratamiento políticamente correcto de las cosas. ¡¡¡Nel, ni madres!!!: ¡que sufran los cabrones!, que vean que este mundo es un hijueputa que se los va a tragar si no se ponen listos y que no hay en este universo cosa más certera en la vida que no sea la muerte mientras los sensibilizamos respecto de todo lo bonito que puede llegar a ser el amor y que este cosmos del cual somos parte tiene tantas y tantas cosas por dar y enseñar que nada más es cuestión de saberle rascar tantito para encontrar un auténtico sinfín de conocimientos de la ciencia, el arte..., vamos, la vida misma.

¿Cuándo sabemos que estamos asumiendo lo que pasa bajo el yugo terrible de la corrección política? Sencillo: tratamos un problema a la luz de las perlas de sabiduría que nos pueda tirar gente tan ilustre e ilustrada como Carlos Cuauhtémoc Sánchez, o sea, con puro puto pasquín. Eso no sirve de un pito, caray, si bien el problema es que la gente de todos los días es capaz de creerse todas las mamadas juntas que escribe este pobre iluso que desperdicia cantidades verdaderamente invaluables de papel. Y hablo con conocimiento de causa: me tuve que fumar en mis años de adolescencia títulos tan horrendos y hediondos como *Volar sobre el pantano* y *Juventud en éxtasis*, mismos de los que, para mi buena fortuna, un ápice no recuerdo de lo que dicen.

¿Broncas con su mocoso de quince o dieciséis años porque se le quiere subir a las canijas barbas? ¡Chingá', tan sencillo como tres nalgadas bien puestas, *Crimen y castigo* y *Diablo Guardián*, todo al mismo tiempo para que no sepa por dónde llegó el golpe y asunto arreglado! Personajes sólidos, que saben que se los está cargando el payaso pero que aún así deciden llegar hasta el final del camino, con todas las consecuencias que esto les pueda acarrear, y tal vez sin derecho al acostumbrado final de gatovelada pero sí a un muy inmejorable término respecto de las que están por pagar porque previamente las quedaron a deber y, ¿por qué no decirlo?, también de las que les deben y se las están cobrando porque de otro modo la gente nomás no entiende.

Hace poco salió a la venta una magnífica colección, *18 para los 18*, que no es otra cosa que dieciocho libros editados por el Fondo de Cultura Económica para que los chavos le entren chido a esto bonito que es la literatura, con textos y autores que no son tan complicados y que de alguna manera se han convertido en clásicos por una u otra razón. Precisamente en las filas de ese montón de obras literarias milita imperdible de Xavier Velasco, autor el cual no dejaría de recomendar aunque llegara un momento en se pensara que llegasen a pensar que me pagan por hacerlo o que estoy lo suficientemente pirado como para no saber que existen otras plumas aparte en lengua española -lo que me vale tres quilos de reverenda y soberana ve...

Dejemos el mundo rosa de arcoíris para las mariconadas de Alex Kaffie, tormentoso abaratador del significado de ser un tren, y comencemos a tomar más en cuenta a los chamacos a la hora de darles algo para leer: cuenta la leyenda que la mejor manera de hacerlo es ni más ni menos que ser un poco más como ellos y un poco menos adultos mamones y ridículos a la hora de imaginarnos a quién nos gustaría tener como compañero de juegos cuando de lo que se trata es de divertirse mil con la lectura.

He dicho.